

**La razón del sentimiento y la razón  
de la razón.**

V

He llegado á un punto en mis consideraciones históricas, que la narración me pone al borde de la tumba de un ilustre desgraciado en cuya memoria solo se han hecho diatribas y novelas.

Difícil es apreciar si hacen más daño á la verdad histórica las injurias de los contrarios ó los torpes elogios de los amigos.

Nos hallamos cerca del sarcófago de Maximiliano.

Hay en este doloroso episodio sangriento algo de superior que habla tristemente á la fantasía, y es la locura de una belleza, que antes de perder la razón por infausto motivo, siempre fué una criatura soñadora.

Soñó unirse en matrimonio con el más apuesto y gallardo de los príncipes, ilustrado, afable, generoso y noble, y con todos los adornos y prendas que pueden hablar á la imaginación de una mujer apasionada.



Soñó despues en ceñir una corona imperial, reinando en lejanos lugares, nada menos que en la tierra de la fábula, que había hecho legendaria el paseo militar de Hernán Cortés, encomiada por los frailes, cantada por los poetas y comentada por toda clase de mentirosos viajeros.

Soñó en cruzar á caballo sus bosques seculares ornamentados de toda clase de frutos, llenando sus espacios las más hermosas aves canoras del mundo, descompuestos en los colores del prisma los rayos del sol sobre las vertientes de sus magestuosas montañas festonadas con vetas de oro, de plata, de hierro y de mármol.

Soñó con importar á la patria de Moctezuma, representante de una civilizaciòn originaria del Asia y perdida en la màs fastuosa noche de los tiempos, la magnificencia elegante del imperio más vanidoso de Europa, y hacerse la reina de la ostentaciòn y la moda.

¡Sueños todos inocentes y llenos de poesia!

Más ¡ay! en su dulce candor, falto de toda esperiencia, jamás pudo soñar con un cadalso, que pura paloma nunca tuvo instintos de sangre.

Despues de la cruel catástrofe, sigue soñando en imperios aún más maravillosos, y se ocupa en hacer los más ricos trajes de Corte.

Esto, sin duda, interesa y agolpa las làgrimas á los ojos, porque al fin, es una hija real de la desgracia y no una creaciòn de la pura fantasia.

Todo drama en la vida tiene su catástrofe, y si

Carlota es más jóven, no es menos desgraciada aquella otra Eugenia, à quien he admirado en mi juventud, llena de gracia y belleza, viéndola despues reina y señora del mundo ¡hoy viuda y solitaria, esperando con resignaciòn la muerte, perdido el único hijo candidato de un trono, hecho pedazos en flor su cuerpo viril y hermoso por feroces salvajes!

Doblemos la hoja echando la llave al corazòn, pues estoy estudiando la historia, y es inoportuno llorar como Xerjes porque en el siglo que viene todos los que somos hoy estaremos igualados.

---

Me hallo al borde de la tumba de Maximiliano que murió con la grandeza del caballero, alternando en nobles cumplimientos con el valiente Miramón y es justo que me interese, no por la tierna y doliente figura de Carlota, que entonces carecía de nombre propio, de biendo llamarse “el marido de la Emperatriz.”

Nada me ha hecho más daño que oír esta vulgaridad, repetida por alguno:—Si Carlota hubiese gobernado, el imperio hubiera subsistido.—

Esto es un doble irritante absurdo, pues infiere la injuria más cruel à Maximiliano, mientras hace una mitología de Carlota.

Insisto en que no tiene sentido comun suponer, que un problema político de enorme complicaciòn en la historia, podìa resolverlo una mujer apasionada.

Y si se pregunta ¿cómo? la contestaciòn que da la



vulgaridad es más irritante todavía:—Llamando al gobierno á estas y á las otras personas.—

El problema no era de personas sino de cosas, y en esto estuvo precisamente el error del imperio. Todas las personas se hablan experimentado. Miramón, que no cedió jamás el primer puesto á ningun mexicano, creyó que podía resolverse el problema trayendo de fuera á la gobernación del Estado, otra persona de mayor altura y respeto que él mismo; y aceptó y puso su espada al servicio del príncipe rebuscado en el más tradicional catálogo régio. Era imposible reemplazarle con mejor realza.

Si los conservadores más notables, incluso Miramón, hubiesen podido resistir la avalancha de los tiempos y las cosas que se venían formidables encima, no hubieran aceptado ningún candidato mejor para el imperio. Intentaron una prueba, olvidando la triste experiencia de Iturbide, único con antecedentes para haber ceñido la corona, á ser posible la Monarquía en México después de la Independencia.

Estudiadas atentamente las condiciones de estos pueblos de América, se necesita caer en la mayor de las ofuscaciones políticas para pensar que puede instituirse el imperio, cuando no es siquiera posible la monarquía al uso de Bélgica ó de Inglaterra, por más que quepa la dictadura en determinados períodos llevada al triunfo por suprema razón momentánea de salud pública.

Y aquí está el error profundo en que suelen incurrir los políticos de corto golpe de vista.—Donde cabe la dictadura puede tener lugar la monarquía.—¡A cuántos ha equivocado este razonamiento formulado á manera de axioma! De los dictadores han surgido los reyes, pero en otros pueblos y en diferentes tiempos y en circunstancias distintas.

En este mundo joven destinado á dar vida á una más avanzada civilización, no pueden intentarse más que las fórmulas nuevas que han traído los tiempos nuevos, con las nuevas necesidades.

Cabe la dictadura con toda la extensión de la tiranía sólo como acto de defensa que produce la lucha, para promover mayores desarrollos; y cumplida la necesidad, desaparece el tir no ó muere en la pelea cuando se convierte en barrera personal del progreso.

Tal y no otro es el verdadero sentido de la historia, porque se concibe una espada en la mano, pero no un cetro de oro, con un gorro frigio en la cabeza.

Este fué el fatal, el indeclinable destino de Maximiliano. La Monarquía necesita una raíz popular, porque si no nace muerta. Como muertos nacieron José Napoleón y Amadeo de Saboya en España. Los reyes sólo pueden ser tiranos cuando son populares como Nerón, como Tiberio, como Luis XI, como Fernando VII.

Maximiliano, en su grande instinto político, sintió el vacío y comprendió la necesidad de procurarse una raíz popular. Con soldados á jornal y un puñado de



parásitos cortesanos, no se sostiene una institución que viene gastada en la historia, y menos cuando pretende fundar una dinastía. Maximiliano se puso el gorro frigio porque no podía sostener el cetro en la mano, y perdió la cabeza. A ser menguado y cobarde y mal caballero, hubiese perdido solamente la corona.

Los que lamentan su muerte injurian su recuerdo.

Si Dumouriez hubiera muerto en las termópilas de Francia ó hubiera aceptado la guillotina, estarían sus restos en el panteón de los héroes y no hubiera recogido errante en su larga vida el desprecio de Europa.

La grandeza personal de Maximiliano hace la grandeza imperecedera de Querétaro, que es la respuesta más elocuente dada à la violación del derecho de gentes y la seguridad personal de los pueblos, en nombre de la civilización que ha proclamado estos principios inmortales.

---

¿Qué significa este cadalso levantado en medio de la civilización al doblar los dos tercios del siglo XIX?...

¿Significa Querétaro un juicio que debe recoger la historia para acusarle de atentado jurídico?

—¿Es una venganza?

—¿Es un asesinato?

Ninguna de las tres cosas.

—Es una DEFENSA

---

Era Maximiliano un hombre ilustrado; no estaba reñido con las ideas de su tiempo, condición indispensable

para hacer posible á un príncipe; de muy buenas formas y maneras distinguidas; despojado de cólera y sin instintos de crueldad; lleno de sentimientos generosos y de aspiraciones nobles; sin duda soñò de buena fé hacer la prosperidad y el engrandecimiento de México, pues en sus altas prendas personales, no podría venir aquí sino ganoso de gloria; tenía todas las cualidades del caballero sin que le faltase ninguna, y le adornaban otras muchas de buen soberano; pero su error era fundamental, su misión imposible, sus grandes propósitos, irrealizables, sus levantadas aspiraciones, ilusorias.

¿Quién podía juzgarle? ¿De qué? ¿Dónde estaba el cuerpo del delito? ¿Dónde la legítima jurisdicción para coudenarle?

El hecho era uno, concreto, determinado, de naturaleza estrictamente política, y consistía en haber venido à reinar con títulos ineficaces, pero títulos al fin, como eran el apoyo de una parte importante de la población mexicana y el protocolo internacional amasado por el Emperador francés con el austriaco.

Estos papeles mojados se estiman títulos en política, y la prueba es, que arrastraron à España engañada, todas las naciones apoyaron con su actitud expectante por lo ménos, y los Estados Unidos del Norte de América solamente osaron decir:—Véamos si los antecedentes tienen una base firme y el hecho se acepta por el sufragio;—y señalaron un plazo de espera y después otro.



¿Podía ser esto jamás materia de un caso jurídico?

Para juzgar à Maximiliano por sus intenciones y por sus actos, preciso era condenar previamente á todos los mexicanos que le apoyaron antes y después de haber venido, creyendo que de este modo se impulsaba con mayor rapidez y elementos la prosperidad del país.

¿Por qué hemos de dudar de la buena fé de aquellos ciudadanos, entre los que se contaban patriotas y caballeros de la medida de Miramón? Y es de notarse, que en México, como España por José Napoleón, y en mejores términos por Amadeo de Saboya; los que apoyaban al Príncipe, pertenecían á la clase más distinguida y más ilustrada del país.

¡Ah! los más cultos y los más ilustrados gravemente se equivocaron, como todavía insiste en el mismo error César Cantú.

Con estas alegaciones el hecho no se puede discutir jurídicamente.

Querétaro no significa un juicio.

—Mas ya hemos dicho, que tampoco significa un juicio el cadalso de Luis XVI y de Carlos de Inglaterra. Como tampoco hubiera tenido esa significación el suplicio de José Bonaparte si no hubiese huido con las huestes de su hermano.

Pero entonces ¿es una venganza la muerte de Maximiliano?

—La venganza es una pasión personal: la sociedad no se vengá.

No había materia de venganza. ¿Qué ofensa se había inferido y á quién, por el hombre que con el mejor deseo quería hacer la felicidad del país? ¿Hasta dónde era de naturaleza cruel Juárez para contestar con un decreto de muerte al ofrecimiento de su participación en el trono? ¿Es que su ambición personal pasaba de tal modo la medida, que se proponía reinar solo y por sí mismo? Entonces se hubiera ceñido la corona después del triunfo, como Iturbide, que tiempo tuvo de sobra D. Benito para intentarlo.

—¿Si no puede ser venganza la muerte de Maximiliano, fué por ventura un asesinato?

Los gobiernos no asesinan jamás mostrando la mano ensangrentada. Maximiliano pudo morir de accidente imprevisto en la isla de las Serpientes, como Napoleón en Santa Elena. No, este pueblo calumniado, no tiene en sus venas una gota de sangre sajona para empuñar á los príncipes jóvenes, cuya vida es una bandera en batalla brutal de muerte segura con hordas de salvajes. Este pueblo tan calumniado, no registra tenebrosos lugares donde es preciso correr el luctuoso velo de la historia para no adelantarse en tremendas investigaciones, respetando el secreto que debe guardar el sepulcro, y no causar escarnio al Universo.

Ya lo he dicho:

QUERETARO ES UNA DEFENSA.—

Defensa, como el martirio de Carlos, incompatible



con la necesidad imperiosa de organización que exigían las condiciones y los tiempos del pueblo británico.

Defensa, como el suplicio de Luis XVI, bondadoso y lleno de generosidades, pero incompatible con los formidables pasos que daba la Francia en el mundo de las necesidades que violentamente venía desarrollando la historia.

La muerte de Maximiliano fué una defensa, porque el imperio era incompatible con la transformación que en México se operaba y con todos los movimientos de América.

Y ahora, Sr. César Cantú, con el criterio elevado que debe estudiarse la historia, y el conocimiento de los hombres y las cosas sobre el terreno, ya que de perfil sabemos quién era Juárez y en cuánto consideramos las prendas personales de Maximiliano, voy á examinar el problema, para en su valor y medida apreciar los importantes papeles de D. Benito y el Príncipe austriaco, representaciones prominentes de los intereses en lucha; explicar la grandísima significación y el alcance de aquel prolongado drama que se resuelve en la catástrofe de Querétaro; señalando los graves errores en que habeis deplorablemente incurrido, y demostrando hasta la evidencia, que muy tierno en el conocimiento de la historia de este Nuevo Mundo, habeis perdido de vista lo trascendental de los hechos y el influjo que han de tener en los nuevos desarrollos de la vida; porque han pasado lejos en estos, hoy rincones de la tierra, y no han tenido por teatro esa vieja magestuosa zona llena de monumen-

tos y acaso soñais, con juicio, como sin razón vuestra heroína Carlota, que el Capitolio, brotando de sus calcinadas cenizas, renovará en los tiempos futuros la metáfora de Virgilio.

